IDÉNTICO - Mención especial - 30ª Concurso de Cuentos y Poemas FATSA 2015

Matias Sanchez

Capítulo 1

IDENTICO

Estaba apoyado contra el frio marco metálico de la puerta del baño, mirando concentrado, directamente y sin siquiera pestañar, la barita del test de embarazo colocada en el recipiente de orina. Las ingratas líneas rosadas aparecían con extrema lentitud. Una confirma el funcionamiento del test, la otra el fin de mi vida como la conocía. El pálido color en ambas líneas, confirmaba la peor pesadilla que un adolecente puede tener.

De repente, dejé el pequeño departamento sin mediar palabra con ella. Atónito, extasiado, caminé dos eternas cuadras hasta una cabina telefónica. Me quedé más de treinta minutos dentro del ínfimo habitáculo, contemplando el desgastado aparato gris sin saber a quién llamar. Envuelto en una monumental angustia que paralizaba mi raciocinio natural, permití que mi mente volara unos instantes fuera de los confines del universo.

Un efímero flash de inmaduro coraje, me obligó a volver para conversarlo con ella. Aún no estaba listo ni quería ser tan responsable. Sin embargo, mis valores doblegaron el libre albedrío de mi atolondrada voluntad. Me iba a hacer cargo de mis actos, comprometiéndome con la insólita situación.

No soporté la idea de compartir sus agobiantes aposentos aquella trágica noche y me despedí con frialdad para intentar dormir en casa de mis padres. Con la cabeza ya flotando sobre la suave almohada impregnada de aromas familiares, deseé cerrar los ojos para siempre, deseé nunca despertar.

Estaba apoyado contra el frio marco metálico de la puerta del baño, mirando concentrado, directamente y sin siquiera pestañar, la barita del test de embarazo colocada en el recipiente de orina. Las ingratas líneas rosadas aparecían con extrema lentitud. Una confirma el funcionamiento del test, la otra el fin de mi vida como la conocía.

El pálido color de ambas líneas confirmaba la mejor noticia en la vida de un hombre.

De repente, me alejé del baño sin emitir sonido alguno. Caminando lentamente, anonadado, fui a buscarla al dormitorio. Solo pude abrazarla con fuerza y ternura, hasta sentir que nunca podríamos despegarnos. Un profundo te amo mutuo inundo el silencio de la gigantesca habitación, que giraba con vértigo en torno a nuestros cuerpos extasiados.

Queríamos gritarlo a los cuatro vientos para que el mundo se enterase del cambio radical en nuestra concepción de pareja. Corrimos sincronizados hasta los teléfonos móviles con la idea de contárselo a todos aquellos seres queridos y disfrutar juntos el futuro que empezábamos a transitar. En un flash coercitivo de lucidez, preferimos guardar el majestuoso secreto durante algunos agónicos días, hasta tener mayor confirmación sobre asunto.

Caímos rendidos en nuestro viejo sillón, ahora inmenso, envolvente. Las miradas que intercambiábamos, llenaron el ambiente de centellas danzantes. Eran dos pares de ojos cómplices a sabiendas de que en realidad, eran tres. La pasión de novios nos abandonaba suavemente, mientras la feliz madurez de una pareja consolidada, anidaba para siempre.

Estaba apoyado contra el frio marco metálico de la puerta del baño, mirando concentrado, directamente y sin siquiera pestañar, la barita del test de embarazo colocada en el recipiente de orina. Las ingratas líneas rosadas aparecían con extrema lentitud. Una confirma el funcionamiento del test, la otra el fin de mi vida como la conocía.

El pálido color en una sola de las líneas, confirmaba la peor pesadilla de un hombre maduro en pareja.

De repente, me alejé del baño sin emitir sonido alguno. Angustiado, caminé lentamente hacia ella. Con la sola interpretación de mi rostro, el luminoso y amplio dormitorio, se convirtió en una cueva putrefacta que amputaba nuestros anhelos. Ella dejó caer pesadas lágrimas que recorrieron la cuidada piel femenina, hasta perderse entre las fibras de algodón que rodeaban su cuello. Cautelosamente tomé asiento justo a ella, permitiendo que las saladas gotas de tristeza masculina se fusionaran con el dolor que oscurecía su alma. Permanecimos abrazados, unidos, conteniéndonos una vez más. Otro intento fallido llenaba los casilleros de un viejo almanaque. Impúdico símbolo de ese tiempo que arremete sin piedad contra la naturaleza de los cuerpos humanos.

Ambos, unidos por la desolación, cambiamos de ambiente para escapar del brutal momento. Escondimos los sentimientos entre los vacíos colores de las luces emitidas por la caja boba. Buscamos solitarios refugios y egoístas escondrijos en banales pantallas electrónicas de estridentes

contenidos, que apagaran los desesperados gritos de frustración en nuestras mentes.

Pareja consolidada, estable, añosa, que no encuentra el camino tan deseado. Melancolía de un multitudinario futuro compartido que esquiva sin miramientos a nuestra pobre y rancia relación conyugal. Dolor infinito junto a un macabro cíclico reintentar.